

POEMAS DE JOSE CARLOS BECERRA



José Carlos Becerra murió en Italia el 27 de mayo de 1970. Había nacido en Villahermosa, Tabasco, el 21 de mayo de 1937. En la Universidad Nacional estudió Filosofía y Arquitectura. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores en el periodo 1967-1968. Becado por la Fundación Guggenheim para ponerse en contacto con personas

y países del viejo continente, vivía en Europa; en Inglaterra estudió tres meses. Murió en Italia en un accidente, cuando viajaba hacia San Vito de los Normandos.

Había enviado para la *Revista de la Universidad* los poemas que ahora publicamos ya póstumos. En su recuerdo transcribimos algo de lo que se ha dicho sobre su obra:

Hasta hace unos días no sabía nada de Becerra. Acabo de leer unos cuantos poemas suyos y su fuego templado me hizo pensar en un poeta joven y ya maduro. No sé si esto sea bueno o malo, pero su seguridad es pasmosa. No es el fuego en libertad: es la brasa. La mirada ardiente del fuego, el lingote al rojo blanco. Admirable e inquietante. Una condensación que linda ya con la ceniza.

Octavio Paz

[*Poesía en movimiento*, p. 31]

Los versos de José Carlos Becerra son elegantes, bien vestidos en la forma y en el fondo, magníficos en cuanto a su origen barroco y la gravedad del lenguaje asumido a través de Perse, Eliot y Neruda. La temática de Becerra es amorosa pero no incendiaria. Lo que le interesa es la pareja humana en su permanente vaivén de acercamientos y desencuentros. Una suntuosa fatalidad anuncia a los enamorados que parecen llorar por algo ya muerto: el sol tal vez. El sol que ellos mismos representan y que es único y a nadie más caliente. Enfoques de esta índole dan a la poesía de Becerra una lentitud dorada y madura como la de un río que llega al mar y en él se pierde. Aquí llegamos a otra virtud patente en este joven y que nos parece exclusiva de la buena poesía: el manejo sabio de los elementos que establecen la manera de andar del poema, su estructura, la piel de su movimiento, el modo como las palabras caen en otras y que en Becerra

acontece sin soldaduras ríspidas ni superficies astilladas que lastimen la mano.

Marco Antonio Montes de Oca

[“La nueva poesía mexicana”,

El Día, 15/XII/1967]

En *Relación de los hechos* Becerra obtiene también el imposible de la actual poesía latinoamericana: que la intención de unidad domine la brillantez metafórica, que todo se someta al ordenado influjo de una intención narrativa. Los temas pueden ser los mismos: la relación amorosa, la desesperanza erótica, la ciudad que nos habita y donde habitamos, el inventario de lo que nos rodea, la identidad final entre víctima y verdugo, la penetración en el paisaje, la descripción del antiguo y vencido rito de la razón. Lo que cambia es la capacidad, la arbitraria, dinámica capacidad de José Carlos Becerra, que sabe congrega en esos poemas abundantes, airados, postbílicos, de algún modo vinculados al cine, profundamente subversivos, toda la nueva y radical visión de un mundo, un mundo donde los poemas han dejado de ser manifiestos para transformarse en hechos, han abandonado su condición de objetos literarios para convertirse en las más fieles y despiadadas representaciones de la realidad.

Carlos Monsiváis

[En *Relación de los hechos*]

Bibliografía:

Colaboró en los diarios *Excelsior* y *El Día*, así como en los suplementos culturales: *El Gallo Ilustrado*, *La Cultura en México*, *Diorama de la Cultura*, las revistas *Diálogos*, *Cuadernos de Bellas Artes* y en la *Revista de la Universidad de México*.

Libro:

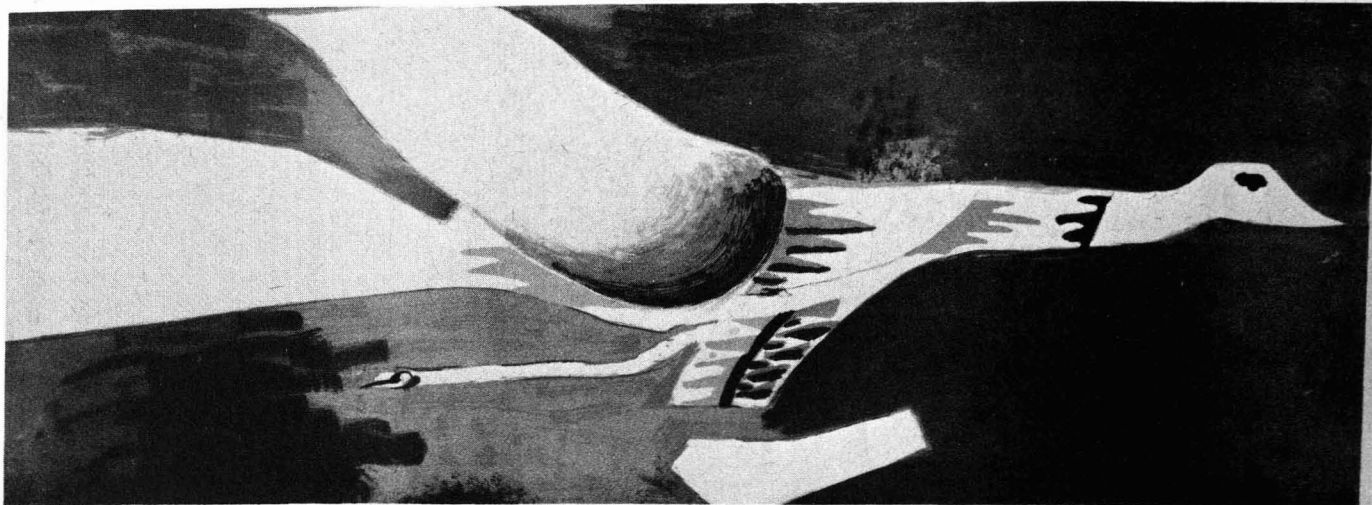
Relación de los hechos, Ediciones Era, México, 1967.

Antologías:

Poesía en movimiento (1915-1966). Selección y notas de Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis. Prólogo de Octavio Paz. Siglo XXI, México, 1966.

Poesía joven de México, por Alejandro Aura, José Carlos Becerra, Leopoldo Ayala y Raúl Garduño, Siglo XXI, México, 1967.

[Nota de Zandra Calderón]



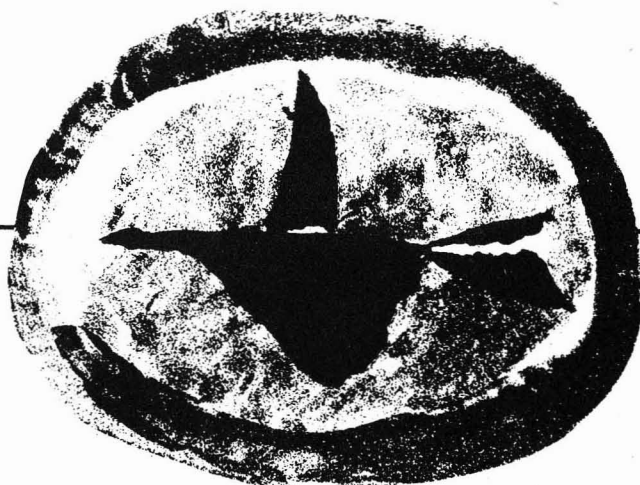
EL AHOGADO

un gancho de hierro
y se jala,
su expansión lo desmiente al subir,
y el agua que le chorrea
lo mueve de los hilos
de su salida al escenario,

en el muelle los curiosos
miraban ese bulto
donde las miradas de todos esperaban
el pasadizo extraviado del cuerpo,

gota a gota del cuerpo caía
en el charco de Dios,
alguien pidió un gancho de hierro
para subirlo,
“cuidado” dijo uno de los curiosos,
“la marea lo está metiendo
debajo del muelle. . .”

un gancho, un gancho de hierro,
había que sujetarlo con un gancho,
había que decirle algo con un gancho,
mientras el sucio bulto flotante
caía gota por gota
desde la altura donde lo desaparecido
iba a despeñar una piedra sobre nosotros,





JAULA DE LA CONVALESCENCIA

qué dulce,
pero qué dulce oír esas palabras,
esos gemidos de las fieras,
ese ruido donde el silencio y la saliva
son la misma persona
que fuerza la cerradura de la puerta,

qué demasiado tarde sin embargo,
cómo buscarte en el baño, viendo
en el botiquín los frascos rotos,
qué dulce levantar con precaución la sábana
para mirar el rostro,
la mosca posada en su frente
como el único dedo visible
de la mano de Dios,
de un *aquí* a destiempo,

qué dulce,
pero qué dulce esperar a que venga
la enfermera,
la señorita que me dirá sonriendo:
—¿Se siente bien así
o desea ser operado de nuevo?

las pinzas que me dejaron dentro
ya están floreciendo,
nos amaremos de nuevo y unas ramitas verdes
que no deben confundirse con el pus,
me crecerán mientras vuelven a colocarme
en el interior de mi jaula,

desde allí los veo a todos ustedes,

